

juriarla ofrecerle dinero. Un ochavo más que doña Inés le hubiese dado sobre el jornal que de ordinario ganaba, hubiera parecido una limosna. No era delicado socorrer á Juanita como á una pordiosera.

Y después de estos razonamientos tan juiciosos, como doña Inés no pagaba á Juanita sino lo que cosía, y no le pagaba, para no humillarla, ni las horas que empleaba leyéndole libros, ni el tiempo que perdía escuchando sus disertaciones, resultaba que doña Inés, por obra y gracia de lo mirada que era, tenía lectora y auditorio y acompañanta de balde.



XXIV

LA gloriosa servidumbre en que Juanita había llegado á ponerse, si no era útil, era molesta en extremo, porque la amistad de doña Inés no podía ser más exigente ni más imperativa. Y mientras más rebozaba en entusiasmo y en ternura, más se recrudecía también en exigencia y en imperio.

Había días en que no le quedaba á Juanita ni hora libre ni momento de sosiego. Doña Inés la llamaba y se valía de ella para todo.

En los lugares, al menos hace algunos años, pues no sé si habrán variado las costumbres, nunca salía una señora principal de visita ó de paseo sin llevar á una acompañanta. Juanita tuvo, por consiguiente, á más de leer y de escuchar disertaciones, que acompañar á doña Inés en sus visitas y en sus paseos. Y cuando á ésta se le antojaba de súbito visitar ó pasear, y no tenía á Juanita en casa, iba á buscarla á la suya, haciéndose acompañar hasta allí por Serafina.

En los paseos rara vez leía ó hacia leer doña Inés, pero, convertida en filósofa peripatética, disertaba de lo lindo, y siempre sobre religión, moral, menosprecio del mundo, alabanza del recogimiento y de la conversación interior, y aspiraciones á lo sobrenatural y divino.

Conviene que se sepa que doña Inés tenía un carácter tan dominante, que no se aquietaba ni se satisfacía como no decidiese y gobernase cuanto hay que decidir y gobernar.

Ella designaba el nombre que había de recibir en la pila bautismal cada villalegrino que naciese; ella decretaba, después de estudiar aptitudes, capacidades y recursos, el oficio que cada cual había de aprender y ejercer; y ella escogía marido para cuantas niñas casaderas vivían en el pueblo y pertenecían á familias merecedoras por algún título de su atención y cuidado.

El concepto que formaba doña Inés del universo visible y de cuantas cosas hay en él y en él se sustentan, era concepto más pesimista que el del propio Schopenhauer; pero el de doña Inés estaba dulcificado por dos potencias benéficas y fecundas que había en su alma. Ella podría ser, ó era más ó menos pecadora. Yo no he llegado á ponerlo bien en claro, de suerte que al ir escribiendo esta historia lo probable es que lo deje turbio ó nebuloso. De cualquier modo que fuese, y sin escudriñar los secretos de doña Inés en lo tocante á la conducta, aseguro con evidencia que ella, en lo teórico, sin afectación ni mentira, tenía la más acendrada fe religiosa. Con

esta fe, y con las otras dos consoladoras y divinas virtudes que de ella nacen, doña Inés iluminaba el mundo, hermoseándole con celestiales resplandores.

Toda deformidad moral, todo vicio, toda dolencia, la fealdad física, las enfermedades, la miseria, el dolor y la muerte, se despojaban en su pensamiento de horror y de amargura al considerar que deben sufrirse por el amor de Dios, y desvanecerse y disiparse, como la oscuridad de la noche cuando aparece la aurora, ante la esperanza de lo trascendente y ultramundano. Para doña Inés este mundo en que vivimos era un valle de lágrimas y un transitorio lugar de prueba, indispensable camino para otra vida mejor. La presente, pues, aunque fuese muy mala, no era nunca mala, ya que en ella, si se padecía con resignación, mientras más se padeciese, mejor y más abundante cosecha se recogía y se atesoraba de frutos que no se corrompen y de riquezas que nadie roba. Y como doña Inés no gustaba de quedarse atrás en nada, sino de adelantarse en todo y ser también importante cosechera de los mencionados frutos y riquezas, muy candorosamente estaba persuadida de que padecía ó había padecido mucho, ejercitando y luciendo su paciencia, compitiendo un poquito con Job y granjeándose los medios de ir al cielo derecha, sin tropezar en rama, ya se entiende que contando con la misericordia de Dios, que le perdonaría sus pecados, si los tenía, pues, según ya he dicho, no lo sabemos.

La otra potencia de que se valía doña Inés, sin estudio, espontánea y sencillamente, para blanquear y hasta para dorar la tenebrosa negrura de su concepto *schopenhauerino* del mundo, era el sentimiento vivísimo y atinado, fuente inagotable de puros deleites, con que percibía su alma toda belleza, tanto espiritual cuanto corpórea. Llamar á esto buen gusto me parece poco. El buen gusto, por lo general, es pasivo y estéril. En doña Inés alcanzaba actividad creadora. La visión de la belleza, concebida por doña Inés, relucía en las profundidades de su alma y creaba allí otro universo ideal, semejante al exterior universo, salvo que de él todo mal y toda menzura habían sido expulsados.

Como se ve, no era doña Inés mujer adocendada, sino persona memorable, ó dígase digna de la historia, por lo cual me complazco yo en ponerla en la mía.

Doña Inés, y perdone el pío lector si me repito, á pesar de sus ocho vástagos, estaba aún muy guapa; en lo mejor de su edad, bien cuidada, alimentada y vestida.

El asomo de rivalidad que brotó en su alma el día de la intempestiva y pomposa aparición de Juanita en la iglesia, había desaparecido enteramente, merced á la humildad de la muchacha y á la sumisión con que la acataba y servía. Desechados así los celos, la mente y el corazón de doña Inés dieron entrada franca al afecto y á la admiración de la bondad, del talento y de la hermosura de que Juanita estaba dotada.

No había primor en Juanita que doña Inés no advirtiese, celebrase y ponderase. Llegó á notar, á pesar del pobre pañolito con que se cubría la chica espalda y pecho, la admirable perfección de toda aquella sana y virginal estructura. De su rostro no quiero ni puedo decir más sino que le parecía el de un ángel. Y por último, ponía en Juanita casi casi tanta discreción, ingenio y bondad como en ella misma. En suma, doña Inés miraba y estudiaba á Juanita como el sabio crítico, buen gramático y mejor estético, mira y estudia un bello poema, ó como el gran conocedor y perito en las artes plásticas mira y estudia una obra maestra de escultura.

Cualquiera imaginará que, llegadas las cosas á este punto, Juanita podría apoderarse de la voluntad de doña Inés y hacer de ella lo que le diese la gana; pero sucedió lo contrario. Frecuentemente recelaba Juanita que se le iba á acabar la paciencia y allá en sus adentros decía: peor está que estaba. A fin de que se comprenda el fundamento que tenía Juanita para decir *que estaba peor*, pondré aquí uno de los discursos que doña Inés con frecuencia le dirigía:

—Hija mía—exclamaba,—hay en las condiciones y circunstancias que han de influir en tu destino cierta contradicción que puede ser causa de mil desventuras. Por tu belleza, por tu talento y por la elevación moral de tu alma mereces casarte con un príncipe, dechado de todas las perfecciones. Por tu desventurado nacimiento, por la clase humilde á que perteneces y por la po-

breza que te obliga á residir en este lugar, tendrás que quedarte soltera ó tendrás que casarte con un labrador rudo y zafio. Si te quedas soltera, de continuo te verás expuesta á los tiros de la envidia y á las emponzoñadas mordeduras de la calumnia, y te rodearán además groseras seducciones, á alguna de las cuales quién sabe si cederás en un momento de flaqueza, porque todas somos débiles y ninguna puede estar segura de no tropezar y de no caer si en un solo momento la deja Dios de su mano y no la sostiene con su gracia. Pues no digo nada si movida por la vanidad ó por pasiones más tiernas y propias de tus verdes años y cegada por ellas hasta desconocer la ruindad del sujeto que te enamore, te casas al fin con un hombre de tu clase, con algún palurdo de esta tierra. ¡Qué desgracia la tuya entonces! ¡Pronto llegaría el desengaño! Vaya... me horrorizo de pensar en ello. Sería una profanación. Sería un sacrilegio nefando. ¿Cómo entregar tanto tesoro á quien sería incapaz de comprenderle y de saber lo que vale? En mi sentir, sería locura semejante á la de echar ramilletes de flores en vez de paja y cebada en el pesebre del mulo ó á la de derramar perlas en la pocilga del marrano en vez de un celemn de bellotas. Por otra parte, hija mía, ¿cuántos disgustos, desvelos y cuidados no vendrían sobre tí con el matrimonio? Quiero prescindir de que tu marido acaso sería pobre; y si era también torpe y holgazán, tendrías que matarte trabajando para mantenerle; y quiero prescindir de los sobresaltos y

penas que te darían tus hijos si los tenías. Lo más espantoso... aunque no lo sé por experiencia, me horripilo de imaginarlo... es si descubrás en tu consorte vicios y miserias que te le hicieran aborrecido y que hasta asco te causasen. Acudiría entonces á tu espíritu, ¡obsesión diabólica! un pensamiento pertinaz que puede conducir á los mayores pecados. Figúrate tú que pensase y discurriese como ser racional y filantrópico la turquesa en que se forman las balas, ¡qué desesperación no tendría de que la empleasen tan en perjuicio de la humanidad! Pues no es menor la rabia de la esposa que, cuando va á ser madre, recela que ha de dar al mundo copias exactas de la ruindad ó de la perversidad de su marido. Tan horrible pensamiento la inclinará á ser infiel ó la arrastrará á la locura.

Esto, con adornos y variantes, era lo que decía doña Inés casi de diario á su amiga y acompañante, sentando premisas; pero sin sacar por lo pronto consecuencia ninguna.

Otras veces le describía con viveza y con sombríos colores la corrupción de nuestro siglo, el bajo nivel en que estaban las almas, las mezquindades y maldades del mundo y lo agradable y lo conveniente que sería retirarse de él, en vista de que no puede satisfacer ninguna de nuestras nobles aspiraciones.

Afirmaba doña Inés que ella había deseado y deseaba siempre buscar un santo retiro; pero que ya no podía ser por las mil obligaciones que había contraído y que le era indispensable cum-

plir, por enojosas que fuesen; porque tenía hijos que criar y educar, marido de que cuidar y hacienda que ir conservando y mejorando, á fin de trasmitirla á los que habían de heredar un nombre ilustre, que deslustrarían al quedar huérfanos y abatidos por la villana pobreza.

En resolución, doña Inés quiso persuadir á Juanita, y me parece que hasta logró persuadirse ella misma, de que deseaba ser monja, de que por imposibilidad no lo era y de que hacía un sacrificio en no serlo.

De todo ello acabó por deducir y por declarar, como lógica solución, que Juanita debía huir de los peligros, miserias y adversidades de esta sociedad corrompida, la cual no merecía gozar de su presencia, y que debía refugiarse en el claustro mientras permaneciese en la tierra, ya que la tierra no la merecía y ya que por su valer para el cielo sin duda estaba predestinada.

A pesar de las vehementes y sabias exortaciones de doña Inés, Juanita distaba más cada día de huir peligroso el mundo (maldito el miedo que le tenía ella), y no lograba persuadirse de que la sociedad fuese tan viciosa y tan mala ni de que él enamorarse y el casarse pudiera acarrear tamañas desventuras. De aquí que no tuviese la menor inclinación ni vocación á la vida monástica. Pero como á doña Inés se le había puesto en la cabeza que ella fuese monja, y cuando formaba un plan era punto menos que imposible hacerla desistir, la pobre Juanita se veía muy apurada.

A cada momento sentía el conato de echarlo todo á rodar y de declarar á doña Inés que Dios no la llamaba por el camino por donde ella quería que fuese. Se contenía, no obstante á fin de no armar la de Dios es Cristo, de no perder en un minuto cuanto había conseguido trabajando más de un año y de no verse de nuevo en guerra con los poderes constituidos y con toda la población que respetaba y obedecía á dichos poderes.

Juanita no dijo que sí: no aceptó lo del monjio, pero no dijo que no; pronunció frases vagas ó se calló y bajó la cabeza.

Tomando doña Inés para regla de interpretación el refrán de *quien calla otorga*, dió por sentado que Juanita estaba decidida á entrar en un convento, y ya, en su fantasía entusiasta, se la representaba santa, cuya vida se intercalaría en las ediciones futuras del *Año Cristiano*. Doña Inés dió parte de este triunfo al padre Anselmo, quien se llenó de piadoso júbilo y aun se sintió lisonjeado al prever que él figuraría en la vida de la nueva santa como el instrumento de que se valía el cielo para convertirla y glorificarla.





XXV

POR dicha no se apresuraba doña Inés para que el plan del monjio de Juanita se realizase, y así le daba tiempo de aperebirse á la rebelión con fuerza bastante para sacudir el yugo sin menoscabo de sus intereses y proyectos. Si bien doña Inés sentía y confesaba que iba á hacer un inmenso sacrificio al desprenderse de Juanita, única mujer que la comprendía en el mundo y que podía ser su compañera, en manera alguna quería prescindir de este sacrificio que le daría honra entre los mortales, y que Dios le tendría en cuenta para pagársele en el cielo. Persistía, pues, con firmeza en su plan, pero le retardaba, y mientras le retardaba le iba completando en sus pormenores, consultándolo todo con el padre Anselmo.

Decidió doña Inés pagar ella el dote de Juanita. Sobre lo que vacilaba aún era sobre el convento en que debía ponerla. Después de haber desechado muchos, pensó en uno que hay en

Ecija, con cuya abadesa se carteaba, porque era allí donde se hacían los célebres bizcochos de yema imitados por Juana la Larga. Afirmaba doña Inés que toda persona que tenía buen paladar reconocía al punto la imitación de Juana, porque carecía del *quid divinum* que hay en los legítimos, prestándoles tan soberano sabor, que, si con grosero y material supuesto pudiésemos imaginar que los querubines, cuando bajan á la tierra con algún mensaje de arriba, tienen el capricho ó se allanan á comer algo, sin duda que no comerían otra cosa que los tales bizcochos de yema hechos por las mencionadas monjas.

A despecho de tan importantes motivos, no sabemos por qué doña Inés desistió de que Juanita fuera al convento de Ecija, y hubo de fijarse al fin en las Comendadoras de Santiago, en Granada, donde, si no se hacen aquellos peregrinos é inimitables bizcochos, se hacen los mejores almibares de toda Andalucía.

Mientras trazaba y preparaba doña Inés todo esto en favor de Juanita, de quien se había declarado protectora y directora, su cariño hacia la protegida y la discípula iba creciendo más y más, dando de sí raras muestras y combinándose en él lo sagrado y lo profano.

Un día estuvo doña Inés tan sentimental, que deshizo el peinado de Juanita, admiró su abundante, undosa y suave mata de pelo, la besó varias veces, calificó de horrible desacato el que las manos rudas é impuras de un campesino lograsen tocarla y enredar los dedos en ella, y se la

figuró ya como cortada al pie del altar el día en que Juanita profesase, rogándole que para entonces se la legase á ella porque ella la conservaría como reliquia del más subido precio.

Juanita agradeció mucho esta lisonjera petición de doña Inés, y, casi con lágrimas de gratitud en los ojos, prometió á doña Inés que la mata de pelo sería suya cuando ella se la cortase.

Merced á tantas entrevistas y confidencias de las dos amigas, Juanita estaba casi todas las tardes en casa de doña Inés, no yéndose de su lado ó de su casa hasta pasada la hora en que solían venir los señores de la tertulia.

Algunos de éstos veían á Juanita en la antesala, y como allí estaba ella sin cubrirse la cabeza y sin ocultar y dar sombra á la cara con el mantón muy echado hacia adelante según el recato y el beaterio lo exigen, Juanita, sin poderlo evitar, no les parecía saco de paja y á menudo la miraban por estilo pecaminoso.

Quien más se adelantó en esto fué el propio amo de la casa, el Sr. D. Alvaro Roldán, que era muy tentado de la risa. En varias ocasiones, hablando á Juanita sola, la requebró con más fervor que chiste y finura, y Juanita, que veía en aquel caballero sujeto á propósito para descargar su mal humor, le respondía siempre con feroz desabrimiento ó con sangrienta burla. Y como D. Alvaro ni por esas se desengañase y se atreviese un día á dar á la muchacha una palmadita en la cara, ella le dijo mirándole de arriba abajo con desprecio y enojo:

—Las manos quietas, Sr. D. Alvaro. Conténtese usted con tocar el violón, y á mí no me toque. ¡Pues no faltaba más! ¿Será menester que me queje yo á doña Inés de la insolencia de usted? ¿Para que una mocita decente esté tranquila en esta casa necesitará la señora atar á usted con una cadena al lado del mono?

D. Alvaro, que era tímido, blandengue y avezado á la servidumbre, receló que Juanita armase un alboroto, le cobró miedo y desistió de su amorosa empresa.

Había al mismo tiempo, ya se entiende que en otras ocasiones y apartes, otro personaje más emprendedor y menos asustadizo. Fué éste el propio y respetado cacique de Villalegre: el excelentísimo Sr. D. Andrés Rubio.

También D. Andrés, que no faltaba nunca á la tertulia, encontró no pocas veces á Juanita, ya en la antesala, ya en los corredores, ya en la escalera, ya en el zaguán cuando ella se iba.

D. Andrés había admirado mucho á Juanita el día en que ella se mostró imprudentemente tan engalanada en la iglesia, y había conservado de ella muy buena impresión. No la defendió en la tertulia por no contradecir á doña Inés y por no censurar indirectamente la excesiva severidad del padre Anselmo contra el lujo de las mujeres; pero, allá en su interior, no vió nunca malicia en lo que Juanita había hecho, y se limitó á calificarlo de inoportuna ligereza, de que la madre era más culpada que la hija. De poco ó de nada tenía Juanita que arrepentirse, de suerte que

D. Andrés no creyó en su arrepentimiento. Menos creyó aún en su milagrosa conversión y en su deseo de ser monja.

D. Andrés conocía el carácter de doña Inés y daba por evidente que doña Inés, así como en un principio había hecho víctima á Juanita de su enojo, imaginándose la, aunque en ciernes, una desaforada pecadora, después, trocado el enojo en estimación, admiración y cariño, se proponía, con el mejor intento y por su manía de gobernarlo y de arreglarlo todo, hacer víctima á Juanita, empujándola á la santidad por un camino que ella no tenía gana de seguir.

Así predispuesto, D. Andrés empezó por mirar á Juanita con cierta benigna curiosidad cuando casualmente pasaba cerca de ella y la hallaba sola. Después, sin reflexionar en lo que hacía, D. Andrés, y quien sabe si la muchacha misma, ya que hasta la más inocente suele dejarse guiar por endiablados instintos, prestaron auxilio á la casualidad y la convirtieron en providencia, hallándose casi todos los días y pasando tan cerca él de ella, que casi tropezaban ó se tocaban.

Era natural que Juanita no se escondiese ni huyese, porque ni ella era medrosa, ni D. Andrés era el bú ni una fiera.

D. Andrés era un caballero muy bien educado, pulcro y finísimo, soltero, que no había cumplido aún cuarenta años y verdadero amo y señor de Villalegre, donde hacía ya ocho que reinaba con lo que podemos calificar de despotismo ilustrado.

No me incumbe aprobar ni reprobar aquí el despotismo, aunque sea con ilustración, ni mostrarme partidario ó adversario del cacicazgo. Yo tomo y empleo el vocablo en cierta acepción como generalmente se emplea, aunque siento que contenga implícita una injuria para las poblaciones en que hay cacique, porque es suponerlas salvajes y no quiero calificar de tales á los de Villalegre. Desecho, pues, la suposición implícita y acepto y empleo los vocablos de *cacique* y *cacicazgo* como los más usados y adecuados para expresar la condición de D. Andrés y el poder que en Villalegre ejercía. Él había heredado este poder de su padre y luego le había mejorado y engrandecido mucho, ayudado por la actividad y variadas aptitudes de D. Paco y aun por los consejos é inspiraciones de doña Inés, quien, según se decía, ya con malicia, ya con sencillo aplauso, era la ninfa Egeria de aquel Numa.

Él, antes de retirarse al lugar después de la muerte de su padre para cuidar de la hacienda y hacer vida de labriego, desengañado y harto del estruendo de las grandes ciudades y de sus pompas vanas, había pasado mucho tiempo en Madrid, en cuya Universidad había hecho sus estudios, y hasta había viajado algo por Francia, Italia é Inglaterra.

Era, por lo tanto, D. Andrés un cacique archiculto y como hay pocos. Y conviniendo yo en esto, con mi entusiasta amigo el diputado novel, afirmo que, si todos los caciques fueran como

D. Andrés, sería gran ventura que cada pueblo tuviese su cacique: todo en cada pueblo estaría bien aseado y mejor cuidado; daría gusto andar por sus paseos y por sus caminos, el maestro de escuela no se moriría de hambre, y se gozaría de tan ordenada libertad que el boticario podría ser impunemente, como D. Policarpo, brujo y ateo, sin que por eso se suprimiesen ni dejasen de ser celebradas con devoción, entusiasmo y regocijo, hasta las más candorosas procesiones, aunque hubiese en ellas judíos, soldados romanos, Longinos con lanza y lazarillo, después de quedarse ciego, paso de Abraham y apóstoles y profetas.

Todas estas tradicionales, artísticas y pintorescas manifestaciones de la piedad religiosa encantaban más á D. Andrés que al más sencillo y devoto de todos los habitantes de Villalegre, y por su gusto no se suprimía nada, sino que se aumentaba y se mejoraba bastante.

Tal era el cacique D. Andrés Rubio, inclinado á admirar todo lo bello y candoroso. ¿Cómo, pues, no había de admirar también á Juanita, dejándose llevar de su irreflexiva admiración á modo de quien se desliza y cae sin sentir por un suave declive?



XXVI

ERA ya á mediados del mes de Enero, y hacía todo el frío que puede hacer en aquel clima tan benigno.

La tertulia de doña Inés estaba más animada y concurrida que nunca, sobre todo los jueves, días de gran recepción. En la sala había una hermosa chimenea de campana, sobre la cual, así como en la puerta de la casa, relucía el escudo de armas de la familia. En el hogar saliente, y no empotrado en la pared, alegraban la vista con sus llamas y daban grato calor la pasta de orujo, los secos sarmientos y la leña de encina y de olivo.

Abundaban allí los muebles cómodos, y nunca faltaba, por lo menos, una mesa de tresillo.

De diario eran tertulianos constantes el padre Anselmo y D. Andrés. Y lo era asimismo el médico, ya bastante viejo y chapado á la antigua, hombre de pocas palabras, pero sapientísimo tresillista, que solía hacer el cuarto en la mesa cuando doña Inés jugaba. A fin de tener esta sa-

tisfacción honrosa, y tal vez para ganar algunos reales, porque se jugaba á diez por cada cien tantos, y él ganaba casi siempre, se violentaba el médico hasta el extremo de afeitarse un día sí y otro no, y de dejar en la antesala la capa y el sombrero, sin entrar con la capa sobre los hombros, cuando no embozado y con el sombrero encasquetado hasta las cejas, según solía entrar en las demás casas donde iba de visita. ¡Tan profundo era el respeto que la de doña Inés le inspiraba!

Los jueves la concurrencia era mucho mayor y solía haber dos y aun tres mesas de tresillo. Venían el alcalde, cuatro ó cinco de los mayores contribuyentes, y el tendero murciano D. Ramón, que era la persona más acaudalada del lugar después de D. Andrés. Venían, por último, D. Pascual el maestro de escuela y D. Policarpo el boticario.

Doña Inés había mostrado cierta repugnancia á que el boticario viniese, pero D. Andrés había conseguido vencerla, no sin prometer antes leer al boticario la cartilla para que no se desmandase ni dejase escapar alguna barbaridad impía ó librepensadora. D. Andrés le dijo que él respetaba como nadie la libertad de conciencia y de enseñanza, pero que, si quería gozar de la tertulia de los señores de Roldán, debía ser como los catedráticos pagados por el gobierno, que, si son prudentes y juiciosos, se guardan sus impiedades para mejor ocasión, y en la cátedra, que es su tertulia de doña Inés, son muy comedidos y

procuran no decir nada que ofenda las creencias de quien los paga ó de quien los recibe.

El boticario, que tenía mucha gana de ir á la tertulia, aceptó las condiciones, y siempre que fué, se dejó el librepensamiento en su casa, aunque no pudo dejarse ni quiso cortarse su endiablada y taumatúrgica uña.

Durante mucho tiempo fué doña Inés la única señora que en la tertulia había. Parecía aquello un club de caballeros con una señora presidenta.

Hacía poco tiempo, no obstante, que se había introducido una sorprendente novedad.

A la tertulia de los jueves primero, y más tarde á las de diario, asistía otra señora. Era ésta la noble viuda doña Agustina Solís y Montes de Allende el Agua, matrona de treinta y pico de años, aunque lozana, fresca, graciosa, de buenas carnes y mejor parecer y con veintiocho ó treinta mil reales de renta, sobre poco más ó menos.

No era menester ser un lince para comprender que doña Inés, cuando consentía que hubiese otra dama en su tertulia, y aun gustaba de ello, era porque había decidido y decretado casarla con su padre D. Paco.

Doña Agustina estaba tan satisfecha de aquella inusitada distinción y tan agradecida y sumisa á doña Inés, que sin dificultad recibiría en su corazón, como la blanda cera recibe el sello, el nombre, la imagen y el afecto de la persona que doña Inés quisiese grabar en él. Y era tanto más fácil este grabado cuanto que D. Paco, no sólo

estaba muy de recibo, sino que tenía hermosa presencia y la merecida reputación de ser el hombre más entendido y discreto de Villalegre. Además, doña Agustina (y doña Inés lo sabía de buena tinta) estaba harta de viudez y de tener el corazón vacío ó como tabla rasa y lisa, y deseaba hallar algo digno de que en él se grabase.

Tal vez para buscarlo se componía y se atildaba con esmero y hasta había ido á varias ferias y romerías en otras poblaciones; pero todo había sido en balde y no había hallado hasta entonces sujeto que le petara.

Doña Inés esperaba con fundamento que le petaría D. Paco. Y como necesitaba para esto que D. Paco la viese, hablase con ella y estuviese muy fino, doña Inés, que antes de concebir este proyecto de boda no se empeñaba mucho en que viniese su padre á la tertulia, le excitaba ahora y casi le mandaba, con el desenfado imperatorio tan propio de ella, que no dejase de venir ninguna noche.

D. Paco obedecía y venía, de suerte que de diario Juanita le veía entrar, cuando ella estaba en la antesala, si bien D. Paco, desdeñado y despedido, no se detenía á hablar con ella y pasaba de largo, limitándose á decir buenas noches.

Juanita contestaba al saludo con fingida indiferencia, pero á hurtadillas miraba á su antiguo pretendiente, y cada vez que le miraba le encontraba mejor. El tinte de melancolía que se mostraba en su semblante le hacía parecer más digno y más hermoso. Juanita imaginaba, ufa-

nándose, que el amor de él, aunque mal pagado, había ennoblecido y hermozeado su alma y sus facciones, desterrando de ellas aquella vulgar expresión que solían tener antes, cuando él, exento de amor sublime y poco venturoso, lucía su ingenio diciendo chuscadas á menudo chocarreras.

Así, y no muy poco á poco sino de priesa, reconoció Juanita que el aprecio y la amistad que siempre le había inspirado D. Paco se convertían en amor, y que el amor aumentaba á pesar de tener más de medio siglo su objeto.

Influyó muchísimo en este aumento el recelo que Juanita tenía de perder á su desdeñado adorador, de que éste acabase por sanar de su pasión desgraciada y de que al fin cediese á las insinuaciones ó casi mandatos de su hija.

Dice un precepto vulgar: lo que no quieras comer, déjalo cocer; pero apenas hay hembra que cumpla con tal precepto cuando se aplica á cosa de amores. Juanita no lo hubiera cumplido aunque no hubiera amado ya á D. Paco. La consolaba y la hechizaba el tener aquella víctima constante y ver arder aquel corazón, cual perpetuo holocausto, en aras de su hermosura. Aun cuando ella no hubiese aceptado el sacrificio, se hubiese afligido mucho de que viniese doña Agustina y le robase el corazón sacrificado. Mayor era aún la aflicción de Juanita al notar que el sacrificio de D. Paco le era cada día más agradable. Tentaciones tenía á menudo de detener á D. Paco cuando pasaba por la antesala, de de-

circle que se arrepentía de haberle escrito la carta despidiéndole y de encomendarle que no entregase á doña Agustina el corazón, porque ella le quería para sí y le cuidaría con más regalo y mimo que ninguna otra mujer de la tierra.

Cuando Juanita veía pasar por la antesala á doña Agustina, que iba muy pomposa á la tertulia, la sangre del valiente oficial de caballería que circulaba en sus venas se alborotaba toda y necesitaba ella del dominio que tenía sobre sí para contener sus ímpetus y no arañar á doña Agustina. Otras veces, recordando ciertas mañas, usos y costumbres que había tenido en su venturosa y libre niñez, sentía el prurito de agarrar á aquella señora, y según solía hacer *in illo tempore* con otras niñas de su edad y aun mayores, alzarle las faldas y darle una buena mano de azotes.

Pero si Juanita era brava, también era discretísima: y firme en sus propósitos de ser prudente, se refrenaba y se vencía. Por coincidencia, y aunque ella no hubiese leído el soneto de Lope, concebía imágenes pastoriles y acaso se figuraba á doña Agustina como á una *mayorala* ó *rabadana* que llevaba ya en pos de sí, atado con un cordón, el manso que ella, la zagala Juanita, había cuidado con esmero, dándole de su sal á puñados. Y entonces se le antojaba decir á doña Agustina: suelta el manso, que es mfo; déjale en libertad, y verás como viene á mí:

«Que aún tienen sal las manos de su dueño.»

Sin embargo, Juanita se limitaba á cavilar y á recelar, permaneciendo inactiva. Todo lo que entonces hubiese hecho en contradicción con los dos proyectos de doña Inés del casamiento de su padre y del monjío de ella, hubiera sido la más audaz rebelión contra la tiranía de la reina absoluta de Villalegre, y á D. Paco y á ella los hubiera puesto en peligro de tener que emigrar, como Adán y Eva, expulsados del Paraíso.

Por otra parte, Juanita era tan orgullosa, que por más que le doliese el recelo de que doña Agustina le quitase á D. Paco, no quería, llamándole á sí, acudir al punto á evitarlo y quedarse con la duda de que él, no llamado, hubiese podido ceder y entregarse á otro dueño.

